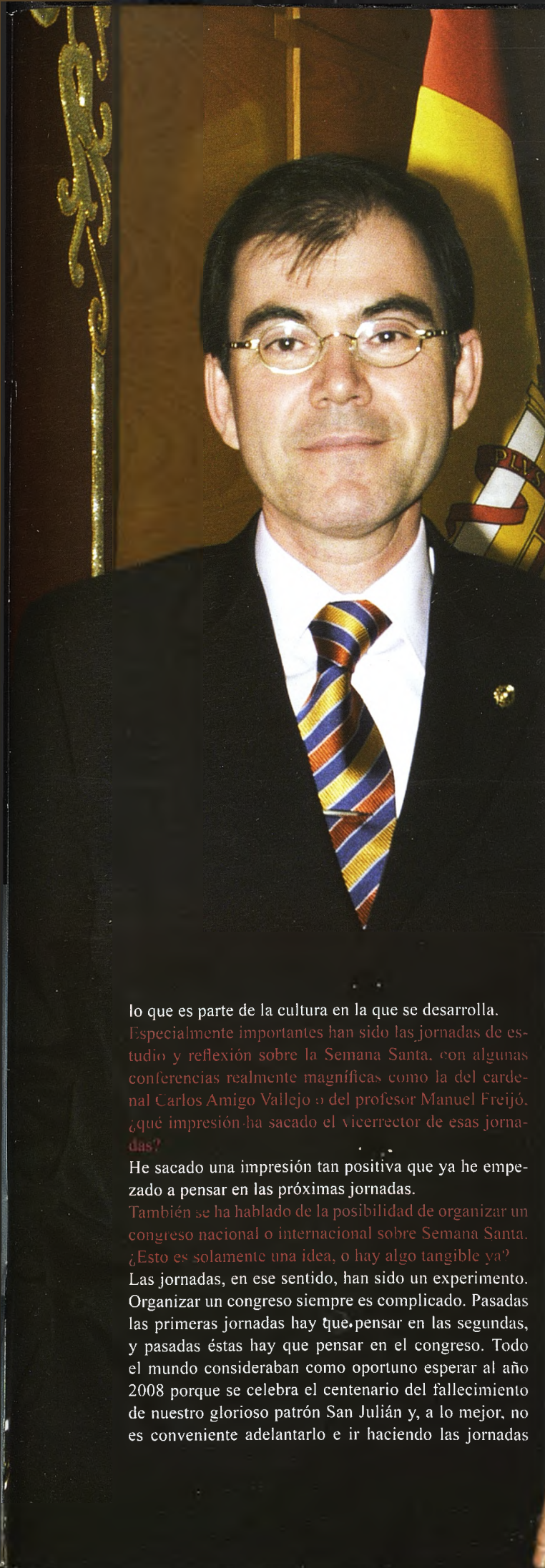




lo que es parte de la cultura en la que se desarrolla.

Especialmente importantes han sido las jornadas de estudio y reflexión sobre la Semana Santa, con algunas conferencias realmente magníficas como la del cardenal Carlos Amigo Vallejo o del profesor Manuel Freijó. ¿qué impresión ha sacado el vicerrector de esas jornadas?

He sacado una impresión tan positiva que ya he empezado a pensar en las próximas jornadas.

También se ha hablado de la posibilidad de organizar un congreso nacional o internacional sobre Semana Santa. ¿Esto es solamente una idea, o hay algo tangible ya?

Las jornadas, en ese sentido, han sido un experimento. Organizar un congreso siempre es complicado. Pasadas las primeras jornadas hay que pensar en las segundas, y pasadas éstas hay que pensar en el congreso. Todo el mundo consideraban como oportuno esperar al año 2008 porque se celebra el centenario del fallecimiento de nuestro glorioso patrón San Julián y, a lo mejor, no es conveniente adelantarlos e ir haciendo las jornadas

cada vez más ambiciosas y que esto nos permita ir cogiendo impulso para organizar ese congreso que permita que Cuenca se convierta en un centro de reflexión sobre la Semana Santa.

Lo que se aprende y aprehende en la infancia quizá sea lo único que no se olvida en la vida. ¿Cuáles son sus recuerdos infantiles de la Semana Santa?

Efectivamente, lo que se aprende en la infancia nunca se olvida, bien por reafirmación, o bien por negación de lo que se aprende. Yo no puedo decir que sea nazareno desde la cuna, sería mentir. Mis padres son originarios de Valencia y se trasladan aquí justo un mes antes de que yo naciera. Ellos se fueron enamorando de Cuenca hasta el punto de que, si se les pregunta, afirman que son de Cuenca y no de Utiel y Alzira. Pero aún no siendo de cuna, sí que la recuerdo desde muy pequeño porque siempre me ha gustado mucho. La primera imagen que tengo es la de las colas de las túnicas de algunas Hermandades que todavía llevaban entonces. También imágenes de alguna Virgen, como la de la Esperanza, que me gustaba mucho, o el paso de Jesús con la Caña, que me llamaba mucho la atención. Pero mi primer recuerdo fuerte, profundo, fue el primer año que desfilé. Tenía ocho años y un poco por influencia de un par de amigos de mi edad, nos hicimos hermanos de San Juan Apóstol Evangelista. Recuerdo que me pasé toda la Semana Santa levantándome a las tres o las cuatro de la madrugada y asomándome al patio interior de la casa para ver si estaba nublado porque no quería que lloviera. La noche del Jueves al Viernes Santo no dormí por la emoción de salir en la procesión. Me acuerdo perfectamente de donde nos incorporamos a la procesión: en la Puerta de Valencia.

¿Eran momentos más tranquilos en esa procesión?

Sí, pero en seguida se tornaron menos tranquilos. Ya recuerdo, y hablamos del año 72 más o menos, que mi madre quiso que esperáramos en la Puerta de Valencia y que no subiéramos más arriba porque ya había mucho follón. Después, empecé a salir en San Pedro y a los 18 años decidí dejar a San Juan sin dejarlo, porque siempre he llevado su hábito y capuz, e incorporarme a las Turbas, un poco con la convicción de que lo que estábamos haciendo era prácticamente un auto sacramental, una representación de lo que realmente le ocurrió a Jesucristo camino del Calvario. Quien ve las Turbas así y luego ve otro tipo de cosas, como por ejemplo cuando yo tenía 14 años y llevaba el estandarte de San Juan, que fue el año que hubo que dejar al Jesús en el suelo en la plaza de Cánovas porque no se podía avanzar, o cosas como las que, lamentablemente, ocurrieron hace casi ya tres años, piensa que las Turbas no son una cuestión numérica, sino del sentimiento que realmente tengan los que salen en ellas, es decir, que lo importante sería tener la sensación de que se está participando en un drama sacro, en lo que era un auto sacramental, en el que se está haciendo un acto enteramente religioso. El problema es que siempre hay gente, en todo, no sólo en las Turbas, que se empeñan en aguar la fiesta, y esos son los que más se oyen, por desgracia.